

mento en que más las necesitaba, logró descender la cortina que le ocultaba, y se dirigió hacia Cristina. Esta, que marchaba hacia el fondo del cuarto, ocupado todo él por un gran espejo que la enviaba su imagen, no podía ver al joven, que estaba enteramente detrás de ella y oculto por su cuerpo.

El destino te encadena á mí sin esperanza...

Cristina seguía andando hacia su imagen, y su imagen le salía al encuentro. Las dos Cristinas—el cuerpo y la imagen—acabaron por tocarse y confundirse, y Raúl extendió los brazos para apoderarse de las dos al mismo tiempo.

Pero, por una especie de milagro deslumbrador que le hizo vacilar, el joven fué de repente proyectado hacia atrás, mientras un viento helado le barría la cara, y vió, no ya dos, sino cuatro, ocho veinte Cristinas que giraban á su alrededor con tal ligereza, burlándose de él, y que huían tan rápidamente, que su mano no pudo tocar ninguna. Después, todo volvió á quedar inmóvil. Raúl se vió en el espejo. Pero Cristina había desaparecido.

Se precipitó al espejo. Se pegó contra las paredes ¡Nadie!...

Y sin embargo, en el cuarto resonaba aún un himno lejano y apasionado:

El destino te encadena á mí sin esperanza...

Llevóse las manos á la frente, bañada en sudor, tocó su carne bien despierta, palpó la penumbra y devolvió toda su fuerza á la llama del mechero de gas. Estaba seguro de que no soñaba. Se encontraba

en el centro de un juego formidable, físico y moral, del que no tenía la clave y que, acaso, iba á aplastarle. Hacíase vagamente el efecto de un príncipe aventurero que ha pasado el límite prohibido de un cuento de hadas y que no debe asombrarse de verse presa de fenómenos mágicos que él ha afrontado desconsideradamente y desencadenado por amor...

¿Por dónde, por dónde se había marchado Cristina?

¿Por dónde volvería?...

¿Volvería?... ¡Ay!... ¿No la había dicho que todo había acabado? ¿Y no repetía la música: "El destino te encadena á mí sin esperanza?" ¡A mí!... ¿A quién?

Entonces, extenuado, vencido, perdida la cabeza, se sentó en el mismo sitio que ocupaba Cristina hacia un momento. Como ella, dejó caer la cabeza entre las manos. Cuando la levantó, corrían abundantes las lágrimas por su joven fisonomía, verdaderas y pesadas lágrimas, como las de los niños celosos, lágrimas que lloraban una desgracia que nada tenía de fantástica, pero común á todos los amantes de la tierra, y que él precisó en voz alta diciendo:

—¿Quién es ese Erik?...

XII.

EL SOBRE MÁGICO.

Madama Giry había sido repuesta en sus funciones, y no es ciertamente en las memorias de Moncharmin donde se puede encontrar traza de tan lamentable capitulación ante la fuerza oculta del fantasma. Por lo demás, bien fuera porque estuviese convencido de

que había sido burlado por alguien más listo que él —y pronto veremos de quién sospechará por lo menos un instante — bien que le diese vergüenza confesar ó dejar adivinar la alarma de los directores, Moncharmin no habló ya del fantasma más que de un modo vago, prudente y, muchas veces, incomprendible. No se puede dudar, por otra parte, que Richard y Moncharmin se esforzaron por sacudir, como personas razonables, el estupeor que había empezado á apoderarse de ellos en el palco número cinco, en la noche fatal. Ambos estuvieron de acuerdo para comunicarse al día siguiente que, en aquel palco infernal, no habían sentido ni observado nada de extraordinario, y la frase que les anunciaba el incidente: "Canta esta noche para hacer caer la lucerna," pasó por un juego de su imaginación excitada. Con todo, tuvieron un largo y secreto conciliábulos después de una visita tempestuosa á aquella pobre Carlota, que se había metido en la cama y no lo graba consolarse de su desdicha. Y después, pasaron toda una tarde en los tejados del monumento; un examen atento de los medios de suspensión de la lucerna los dejó muy pensativos y, aquella misma tarde, hicieron transmitir sus excusas á Madama Giry.

Inmediatamente le rogaron que volviese á tomar la dirección del palco número cinco, y resolvieron entrar en negociaciones con el F. de la O.

Pensaron que no podían adoptar mejor táctica para acabar con el misterioso personaje, que la de hacerle creer que cedían al fin á la formal tentativa de estafa escrita con tinta roja en el pliego de

condiciones. Como se ve, el estado de ánimo de los directores había sufrido una importante transformación. No pensaban ya que tenían que habérsela con un forjador de bromas pesadas, sino con un estafador de extravagante audacia. Y quisieron pescarle, de lo que resultaron unos cuantos incidentes que me han sido fielmente contados por la Giry, por Mercier el Administrador y, en fin, por el mismo Gabriel, el maestro de coros y confidente de Richard, como Mercier lo había sido de Moncharmin.

Madama Giry no parecía haber guardado rencor alguno por la lamentable actitud adoptada respecto de ella por los directores. Por lo menos, muy dignamente, no lo demostraba, y conservaba su alma en su almarico, su chal y su sombrero color de hollín. En cuanto tomó posesión de su destino Moncharmin le entregó friamente una carta para el fantasma. Ella la tomó y la metió tranquilamente en el cestillo, declarando que la haría llegar aquella misma noche á su destino.

Inútil es decir que los directores, desde aquel día, no disputaron ya su palco al huésped invisible. Al día siguiente de aquel en que le habían escrito, tuvieron su respuesta. Trájosela el correo, que nada tiene de fantástico.

"Señores, les escribía el F. de la O., tomo buena nota de sus ofrecimientos de hoy. Pero no se impacienten ustedes. Cuando llegue la hora, que no tardará, les haré saber cuándo y cómo han de hacer llegar á mis manos los 20.000 francos de mi mensualidad corriente. —P. S. He sabido que

Cristina Daé está delicada; no se alarmen ustedes por no verla en unos días. Ella les enviará dos letras en cuanto esté mejor. Esa joven necesita descanso; soy yo quien se los dice á ustedes. Reciban mis amistades."

—¡Nuestro fantasma tiene todas las trazas de comprometer á las mujeres! dijo Moncharmin.

Pero decidieron no penetrar, por el momento, el misterio de esa protección. Del mismo modo se habían guardado bien de vigilar á la Giry é ignoraban cómo correspondía en realidad con su nuevo "amigo." Así evitaban el despertar su desconfianza, pues querían cogerle con las manos en la masa.

Todo esto había sucedido antes del baile. Ahora bien, en la mañana del día en que la Opera debía dar su baile de máscaras conmemorativo, Moncharmin y Richard recibieron, cada una por su parte, una carta del F. de la O., haciéndoles recomendaciones "personales", poniéndoles en guardia al uno contra el otro y dictándoles una conducta de la que no debían apartarse si querían conservar el secreto recíprocamente.

Las dos cartas estaban redactadas en términos idénticos:

"Mi querido director: he reflexionado que es preferible que tratemos directamente nuestros negocios; así nos explicaremos mejor, y he resuelto tratar personalmente con usted, que es un hombre bien educado, conocedor del mundo y de una rara inteligencia, apreciables condiciones que me costaría gran trabajo encontrar en su lamentable colaborador. Si quiere que no ocurra entre nosotros nada desagradable, no me cansaré de aconsejarle que guarde para usted

solo el secreto del programa que le confío. Es muy sencillo. Comprenderá usted bien que no voy á decirle que lleve consigo los 20,000 francos. Me haría usted echar el guante en cuanto tuviera la suma en el bolsillo, y yo sería entonces el robado. No; yo le diré de viva voz cómo tendrá que arreglarse para que todos los meses llegue á mí ese dinero, sin peligro para él ni para mí.

"Y, ahora, entérese usted de las condiciones en que debemos encontrarnos. Esta noche iré al baile, enmascarado, con hábito de capuchino gris y la capucha echada. Vaya usted con el mismo traje y también con careta. Nos encontraremos entre doce y cuarto y doce y media en el palco que se encuentra exactamente debajo del "palco de los ciegos". El que primero llegue esperará al otro. Le saludo"

P. S. —Puede usted avisar á la policía. Verá qué risa. —F. de la O."

Moncharmin no avisó á nadie. Richard hizo lo mismo. Si el F. de la O. había querido, por aquel experimento, darse cuenta del grado de influencia que empezaba á ejercer en el ánimo de sus directores, debió de quedar contento. Sus instrucciones fueron seguidas al pie de la letra.

Llamábase en la Opera "de los ciegos" á un palco bastante grande, situado en el último piso del teatro y desde el cual no se podía ver nada. Esta consideración no fué, sin embargo, como pudiera creerse, la razón determinante de tal denominación. Débese buscarla en el hecho de que un director precedente reservó la localidad al servicio exclusivo de

las casas de ciegos, las cuales llevaban allí gratuitamente á sus pensionistas, melómanos y extáticos, con caras apasionadas y marchitas de fumadores de opio, y que se llevaban á las orejas las manos en forma de cuenco como para beber mejor el viento de la orquesta.

A las doce y cuarto en punto, Moncharmin, muy envuelto en su hábito de estameña, encapuchonado y enmascarado, entró en el palco en cuestión—debajo del de los ciegos—y esperó. Richard, muy encapuchonado igualmente, no tardó en reunirse con él. Ambos se miraron largamente por los agujeros de la careta, persuadidos los dos de que tenían enfrente al incoercible F. de la O., y esperando que tuviese á bien comenzar la conversación.

Entonces fué cuando se oyó una voz que decía esto, como hemos contado en el anterior capítulo:

—¡Al fin! ¡Ya está usted aquí, caballero! ¿Pero no le parece que estaríamos mejor para hablar en su despacho? Aquí se puede siempre temer un oído indiscreto. . . . ¡Vamos á su despacho, caballero!

Como no había en aquel palco, más que los dos capuchinos, cada cual creyó oír hablar al otro, y ambos se inclinaron. Richard fué el que pasó el primero, y Moncharmin le siguió. Graves y pensativos, atravesaron salas y pasillos en que se agitaba la mascarada, estuvieron pronto detrás del escenario, y subieron la escalera de la administración. Richard, que iba delante, estaba convencido de que enseñaba el camino al otro, tan bien como yo y se mueve aquí mientras Moncharmin, detrás, iba

pensando: "¿Conoce el camino como en su casa!"

Así penetraron en el despacho de la administración, y Moncharmin cerró la puerta y esperó. Richard esperaba también, y, esta vez, ninguna voz tomó la iniciativa de la conversación.

Richard, impaciente y más nervioso, fué el primero que rompió aquel silencio exasperante.

—Acabemos, exclamó.

Al conocer la voz de Richard, Moncharmin recibió una impresión que le hizo dar un paso hacia atrás. Y después, de repente, soltó la carcajada.

—¡Ah! para un día de baile de máscaras, dijo, no está mal.

Al conocer la voz de Moncharmin, Richard corrió hacia el fraile y le bajó la capucha. Cayóse la careta y apreció la cara de su colaborador, riéndose hasta llorar.

—¡Eres estúpido! declaró simplemente Richard, arrojando con mal humor la careta en la mesa.

—Evidentemente, soy estúpido, concedió Moncharmin. Hubiera debido sospechar que toda esta historia no podía ser más que una broma de las de tu cosecha. ¡No está mal, por lo demás, mi querido F. de la O., y te doy la enhorabuena!

—¿Eh? interrogó Richard.

—Que te doy la enhorabuena.

—Pero... ¿qué?... ¿Estás loco? ¿Quieres burlarte de mí...? Te advierto que no estoy de humor. . . .

Ante la cólera evidente de Richard, Moncharmin, cada vez más estupefacto, pareció reflexionar y sacó del bolsillo una carta que entregó á su colega. Este la tomó, le echó una ojeada y no pudo contener una exclamación.

—¡Es muy fuerte! dijo. Yo he recibido la misma. Hemos sido burlados una vez más. ¿Por quién? Esto es lo que te juro saber, y puedes creer que me las pagará...

Moncharmin dijo:

—¿Hablas seriamente, Richard?

—¿Pero qué diablos crees aún? respondió Richard nervioso. ¿Quieres ver mi carta? ¡Tómala! ¡Ahí la tienes!

Y él sacó también de debajo del hábito de estameña la misiva que había recibido del F. de la O. Con todo, Moncharmin miraba aún á Richard de un modo que á éste no le gustaba nada. Era fácil ver que el primero sospechaba del segundo, ó que, por lo menos, no se fiaba de él.

Moncharmin precisó su pensamiento.

—Vamos á ver, querido: ¿quién habló en el palco si no fuiste tú?

Richard inició un ademán de furor que se quedó en suspenso. En el momento en que iba á dar un puñetazo en la mesa del despacho, se oyeron en ella tres golpecitos secos, y el puño se quedó en el aire.

—¿Has oído? preguntó Richard, cuya voz no estaba muy segura.

—¡Sí dijo Moncharmin, que se había puesto un poco pálido.

Escucharon de nuevo... y los dos estaban pensando en los "tres golpecitos secos de que les había hablado la Girý..."

Y era que los habían oído bien... oído distintamente en la mesa, pues no había nadie debajo...

¡Pero sí había algo encima!... Un ancho sobre, en el que había escrito la dirección con tinta roja. Y les pareció que los tres golpecitos secos habían sido dados para llamar su atención acerca de aquel sobre.

Richard, que, por mucho que él dijera, no estaba enteramente exento de superstición, alargó prudentemente la mano hacia el sobre, como si temiese que le quemase su contacto.

Por fin, se apoderó de él sin incidente y le encontró ligero en la mano. Le abrió de prisa, después de haber leído la dirección con Moncharmin, que se había inclinado hacia su hombro: "Para los señores directores de la Opera."

"Queridos amigos, decía la carta, yo soy quien ha hablado en el palco. Estaba allí, y si ustedes no me han visto, es porque desconfío un poco de la policía, siempre dispuesta á cometer disparates, aunque había tomado todas mis precauciones, como pueden juzgar ahora, para que si tenían ustedes el capricho de prevenirla, los detuviese á los dos por sus propias indicaciones, lo que confesarán ustedes que hubiera tenido gracia... Que esta perspectiva, queridos amigos, sirva á ustedes de lección para el caso poco probable de que piensan hacer intervenir en nuestros asuntos á una potencia extranjera.

"Veamos ahora en cuanto á los 20.000 francos.

"Meterá usted veinte billetes de mil en un sobre que encontrará adjunto y entregará este sobre cerrado, media hora antes de la primera representación, á la señora Girý, que hará lo que sea oportuno. De ustedes cordialmente, F. de la O."

En el sobre que acababan de abrir, encontraron, en efecto, otro enteramente igual, doblado en dos, y en el que había esta inscripción

con tinta roja: "Para el Sr. F. de la O. Personal."

A la noche siguiente, media hora antes de levantarse el telón, un inspector fué á buscar á la Girý, que estaba ya en su puesto de acomodadora, y le rogó que fuese inmediatamente al despacho del señor Richard.

La buena mujer no pareció en modo alguno sorprendida del recado, y, abandonando sus funciones, que consistían en esperar á los primeros espectadores, bajó rápidamente hasta la entrada de los abonados, atravesó el escenario, subió la escalera, encontró en un descansillo á su hija Meg haciendo guiños á un bombero, administró á la niña un par de bofetadas, y fué á llamar á la puerta del señor director.

—¡Adelante!

La Girý no pareció notar que se la miraba con una insistencia inusitada. Cogió un sobre bastante pesado que se le entregaba, leyó la dirección, y, como tenía en el brazo el cestillo de que se separaba raras veces introdujo en él el sobre.

—¿Sabe usted, sin duda, lo que esto quiere decir? preguntó Moncharmin.

—¡Bah! señor director, no hay que ser brujo para ello. Es una carta para el fantasma.

—¿Y va usted á entregársela usted misma?

—Así parece. ¿Qué quiere usted que yo haga de ella...?

—¿Se la entregará usted en propia mano?

—Señor director, jamás he visto las manos del fantasma, y no podría decir á usted si las tiene...

—Pero, ¿cómo hace usted?

—Se la pongo en su sitio; no es difícil... Parece ser que él va á buscarla, puesto que es así como "es preciso" que pasen las cosas...

—¿Hace mucho tiempo que le sirve usted de buzón?

—La primera vez que me sucedió fué en tiempo de los señores Debienne y Poligny, unos días antes de su salida... El señor Poligny me entregó él mismo una carta, mucho menos pesada que ésta... é hice con ella ni más ni menos que lo que voy á hacer con la presente... ¡Adios, señor director! Con su permiso, me escapo... Los clientes deben de empezar á llegar, y bueno es que todo el mundo gane la vida, ¿no es verdad?...

Richard y Moncharmin no la retuvieron, pero no habían apartado los ojos de la Girý ni de su cestillo. No bien había cerrado la puerta, fué seguida por Mercier, el administrador. Todos los gestos de la acomodadora fueron espiados. Pero no hizo más que los naturales ni tocó el cestillo hasta que estuvo delante del palco número cinco. Entonces le abrió tranquilamente, sacó de él la preciosa misiva, dejó el castillo en un taburete, penetró en el palco con la carta, y la dejó en la tablilla del antepecho.

Durante este tiempo, Mercier se había permitido abrir á su vez el estillo y hacer constar que no contenía más que un pañuelo de encajes de los más finos, marcado con las iniciales enlazadas "F. O.", un llavero, una caja de fósforos, sesenta céntimos, y un número atrasado del "Petit Journal," doblado por el sitio del folletín: "La Hija del Vampiro."

En cuanto á Moncharmin y Richard, armados ambos de gemelos é instalados separadamente en el piso superior de los palcos, de modo que era imposible verlos mientras que la carta no cesaba un instante de estar sometida á su doble mirada policiaca, pasaron así todo el tiempo del espectáculo, actos y entre actos.

No vieron á nadie en el palco y no dejaron de ver el sobre en la tablilla del antepecho. Habían arreglado las cosas de modo de encontrarse con Mercier en el palco, una vez terminada la representación, sin que la vigilancia de que era objeto el sobre se hubiera interrumpido un solo instante.

Entonces, los dos directores, delante de Mercier que no comprendía nada de lo que estaba pasando, pues había cumplido la consigna sin estar al corriente de la aventura, abrieron el sobre sonriendo. Pensaban que el fantasma, que estaba ciertamente animado de un espíritu práctico, se había sentido vigilado y había tenido muy buen cuidado de no tocar al sobre. Encontraron en él, realmente, los 20.000 francos, y tomaron el camino de su despacho con expresión un poco fatua.

Pero cuando llegaron á la administración, encontraron en la mesa, en el mismo sitio que el día anterior, un sobre idéntico que contenía una esquelita así concebida:

"Las bromas más cortas son las mejores. Los billetes falsos no tienen curso en mi Imperio. Traten ustedes de ser un poco más serios pasado mañana, ó me enfado otra vez, como el día de la lucerna.

"Su servidor,

"F. de la O."

No se trataba ya de "amistades". Evidentemente, el fantasma estaba furioso. ¿Pero cómo había sabido que, en lugar de verdaderos billetes de banco, se habían metido falsos en el sobre, puesto que éste había permanecido intacto en el antepecho del palco? ¿Y cómo había llegado al despacho de la dirección la amenazadora alusión de la lucerna, siendo así que el día antes Richard recordando un poco tarde la recomendación que les habían legado los precedentes directores, había hecho poner en las puertas del despacho cerrojos de seguridad, de los que él sólo sabía el secreto.

Siento tenerme que servir aquí de una expresión que no está recomendada por el diccionario de la Academia, pero ninguna otra podría expresar con más relieve y, al mismo tiempo, con más circunspección, el estado de ánimo de uno de los directores: Fermín Richard "humeaba."

Ni gritos, ni maldiciones, ni gestos; pero, en su silencio un poco anheloso, parecía que exhalaba exasperación.

Y lo que más le exasperaba, más acaso que la loca empresa del F. de la O., era la mirada de Moncharmin... aquella mirada que le contemplaba con visible y malintencionada ironía.

Aquella ironía no podía proceder sino de dos cosas, ó bien de la idea que tenía Moncharmin de que el F. de la O. se burlaba más particularmente de Richard, ó bien del comienzo de sospechas que Moncharmin alimentaba respecto de su colega. Y esta última consideración llevaba al colmo el furor de Richard. ¡Ser burlado y pasar por burlador!

De repente, gritó:

—¡Mercier, vaya usted á buscarme á Gabriel!

Gabriel, el maestro de coros, era mago de Richard, tenía toda su confianza, y, con frecuencia, en casos apurados Richard había recibido de Gabriel los mejores consejos. Cuando Mercier estuvo de vuelta con Gabriel, Richard les rogó á los dos que se sentasen, y, después de haberse asegurado de que nadie podía oír lo que iba á decirse entre los cuatro hombres, habiendo recomendado al secretario Remy que velase en la pieza adyacente para no dejar penetrar nadie hasta ellos, contó desde el principio todos los detalles de aquel extraño negocio. Gabriel y Mercier le escucharon en un perfecto silencio. Cuando se calló, Gabriel se levantó y dijo:

—Hay que meter los 20.000 francos en el sobre, pero los verdaderos 20.000

—Es mi parecer, afirmó Mercier. Y añadió: Hay que avisar al comisario de policía.

—¡No, por cierto! exclamó Gabriel.

—¿Y por qué no quiere usted, señor Gabriel, dijo Moncharmin, que se avise al comisario de policía?... Hay aquí una tentativa de estafa muy caracterizada y tenemos la prueba de que se penetra á pesar nuestro en nuestras oficinas; podemos llegar á sospechar de los más honrados empleados de nuestra administración, y á encontrar un cómplice en un inocente.

—¡No, no! replicó Gabriel, nada de comisario de policía.

—¿Por qué?

—Porque ó es un verdadero fantasma...

Moncharmin cometió el error de sonreír.

Gabriel fué á plantarse delante de Moncharmin.

—¡Y bien! ¿Qué?... Si fuese un verdadero fantasma... sepa usted que no sería cosa de echárselas de listos... Yo le he visto una vez, al tal fantasma, y puede usted creer que no tenía cara de broma.

—¿Y qué hizo usted cuando le vio?

—¡Escaparme!

—¡Bien!

—Escaparme, y tan de prisa que rodé todo un tramo de escalera. Pero, en fin, admito que sea un fantasma falso... En este caso, sobre todo, no hay que decirselo ni al comisario de policía ni á nadie.

—¿Por qué? preguntó otra vez Moncharmin, encogándose de hombros.

—Porque nos pondríamos en ridículo.

—Gabriel tiene razón; nos pondríamos en ridículo, apoyó Richard.

—Desde el momento en que opinas así, no tengo nada que decir, respondió Moncharmin.

—Es un negocio que hay que arreglar entre nosotros. Si es un fantasma falso y nos roba 20.000 francos, todo el mundo se reirá de nosotros.

—¿Qué piensa de esto Mercier?

—Pienso como Gabriel que hay que poner los 20.000 francos en el sobre. Un verdadero fantasma no tiene nada que hacer con 20.000 francos. Si se nos roban los 20.000 francos, será que tenemos que habérmolas con un falso fantasma. Y, al menos, sabremos á qué atañernos.

—Si, pero eso nos costará 20.000

francos, hizo observar Moncharmin.

—¡Somos cuatro! exclamó Richard. ¡Cuatro para vigilar el sobre y á esa imbécil de Giry.... Apuesto á que el fantasma no toca al sobre.... Y si le toca, también somos cuatro....

Todos se citaron para dos días después en el despacho de Richard, media hora antes de la función.

Richard llegó antes que nadie, y lo primero que vió en su mesa fué un sobre igual al que encontró en ella la última vez, dirigido al F. de la O.—Personal.

Este descubrimiento no era para calmarle.

Richard dió la vuelta al despacho con aspecto de león enjaulado, juró, arrojó rayos y sospechó de todo el mundo. El director recibió á su secretario Remy, que se presentó en aquel momento, con palabras de tan misteriosa cólera y con tan incomprensibles amenazas contra no se sabía qué traspasadores de murallas, que aquel joven de mente equilibrada y maneras correctas, le tuvo un instante por loco. Por fin, llegaron Gabriel, Mercier y Moncharmin. Richard cerró la puerta con dos vueltas de llave y les enseñó el sobre, no ocultándoles que seguía ignorando cómo le llegaban. Después sacó de la cartera veinte billetes de mil francos—esta vez verdaderos y auténticos—los metió en el sobre, que fué cerrado, y se los entregó á Moncharmin, diciéndole:

—Vas á llevar tú mismo este sobre á la Giry. No se le darás más que en la puerta misma del palco y no apartarás de ella los ojos hasta que entre. Cuando esté en

el palco, nosotros tres la vigilarémos; de eso, yo me encargo.

Moncharmin se fué con el sobre, y Richard, Gabriel y Mercier se colocaron en el teatro de modo que el sobre fuese aún más vigilado la segunda vez que la primera. Hubo constantemente ocho ojos sobre él... ¡Aquellos ocho ojos no vieron nada más que el sobre!

Después de la función, el sobre estaba aún donde le había puesto la Giry, en la tablilla del antepecho. Cuando los cuatro hombres estuvieron reunidos en el palco, Richard cogió el sobre, le mostró intacto, y dijo:

—Decididamente, nuestro hombre tendrá que inventar otro sistema, si quiere entrar en posesión de nuestros veinte mil francos.

Le abrió.

Contó los billetes. Estaban todos.

—¡Se acabó la magia declaró.

De repente, Moncharmin se puso livido y le dijo:

—A ver, trae eso...

Le cogió los billetes, los echó una ojeada, y gritó:

—¡Pero si son falsos! ¡Nos ha cogido los buenos y los ha reemplazado por malos!...

Era verdad.

Richard se dejó caer en una butaca.

—¡Esto no puede quedar así! declaró Moncharmin con voz sorda. Los cuatro se miraron consternados.

Y Richard murmuró:

—¡Esto cuesta más caro que las magias de Robert Houdin!

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTECERRILLO MEXICO

HAY QUE OLVIDAR COMO SE LLAMA LA "VOZ DE HOMBRE."

Al día siguiente de aquel en que Cristina había desaparecido á sus ojos en una especie de deslumbramiento que le hacía aún dudar de sus sentidos, el vizconde de Chagny se fué á buscar noticias á casa de la de Valerius. Y se encontró con un cuadro encantador.

A la cabecera de la anciana, que estaba haciendo puntilla sentada en la cama, hacía también labor Cristina. Nunca un óvalo más encantador, jamás una frente más pura, reflejo de una conciencia apacible, nunca mirada más dulce se inclinaron sobre una labor de virgen. Las mejillas de la joven habían recobrado sus frescos colores, y las orejas de sus ojos claros habían desaparecido. Raúl no reconoció la trágica cara de la vispera. Si el velo de la melancolía echado en aquellas facciones adorables no hubiese aparecido al joven como el último vestigio del drama inaudito en que se agitaba aquella misteriosa niña, hubiera podido pensar Raúl que no era Cristina su heroína.

Levantóse la joven al verle, sin emoción aparente, y le ofreció la mano. Pero era tal la estupefacción de Raúl, que se quedó allí como alelado, sin hacer un gesto ni decir una palabra.

—Y bien, señor de Chagny, exclamó la de Valerius, ¿no conoce usted ya á nuestra Cristina? Su "buen genio" nos la ha devuelto.

—Mamá interrumpió la joven en

tono breve, mientras un vivo rubor aparecía en su semblante, mamá, yo creía que no se hablaría ya nunca de eso... Bien sabe usted que no hay genio de la música.

—¡Hija mía, te ha dado, sin embargo, lecciones durante tres meses!

—Mamá, he prometido á usted explicárselo todo un día, que espero no será lejano... Pero, hasta entonces, usted me ha prometido el silencio y no interrogarme nunca.

—¡Si tú me prometiees no dejarme ya jamás!... ¡Me has prometido eso, Cristina?

—Mamá, todo esto no puede interesar al señor de Chagny...

—Está usted en un error, señorita, respondió Raúl con una voz que él quería que fuese firme y valiente, y no era aún más que temblorosa; todo lo que á usted se refiere me interesa hasta un punto que usted acabará acaso por comprender. No ocultaré á usted que mi asombro iguala á mi alegría al encontrarla al lado de su madre adoptiva, ni que lo que pasó ayer entre nosotros, lo que usted pudo decirme, lo que yo pude adivinar, no me hacían prever tan pronto regreso. Sería el primero en regocijarme por él, si usted no se obstinase en conservar sobre todo esto un secreto que puede serle fatal... Soy su amigo de usted hace demasiado tiempo para no alarmarme con la señora de Valerius por una funesta aventura que seguirá siendo peligrosa, mientras no pongamos en claro una trama de la que usted, Cristina, acabará por ser víctima.

Al oír estas palabras, la de Valerius se agitó en la cama.

—¿Qué quiere decir eso?... gritó. ¿Está en peligro Cristina?

—Sí, señora, respondió valerosamente Raúl, á pesar de las señas de Cristina.

—¡Dios mío! exclamó anhelosa la buena y cándida anciana. Tienes que decírmelo todo, Cristina. ¿Por qué me tranquilizabas? ¿De qué peligros se trata, señor de Chagny?

—Un impostor está abusando de su buena fé.

—¿El genio de la música es un impostor?

—Ella misma ha dicho á usted que no hay tal genio de la música.

—¿Qué hay entonces, en nombre del cielo?... preguntó la enferma. ¿Me están ustedes haciendo morir!

—Hay, señora, alrededor de nosotros, alrededor de usted, alrededor de Cristina, un misterio terrenal mucho más temible que todos los fantasmas y todos los genios.

La de Valerius volvió hacia Cristina una cara llena de terror; pero la joven se había precipitado hacia su madre adoptiva, y la estaba estrechando entre sus brazos.

—¡No le creas mamá!... No le creas, repitió tratando de consolarla con sus caricias, que la anciana daba unos suspiros que partían el alma.

—Dime, entonces, que no me dejarás más, dijo implorando la viuda del profesor.

Cristina permaneció callada, y Raúl siguió diciendo:

—Eso es lo que debe usted prometer, Cristina. Es lo único que puede tranquilizarnos á su madre y á mí.

Nos comprometemos á no decir á usted una sola palabra del pasado, si usted nos promete per-

manecer bajo nuestra custodia en el porvenir...

—Es ese un compromiso que no pido á ustedes, y una promesa que no les haré, pronunció la joven con altivez. Soy libre en mis acciones, señor Chagny; no tiene usted derecho alguno á intervenir en ellas, y le ruego que se abstenga de hacerlo en adelante. En cuanto á lo que he hecho en estos quince días, no hay más que un hombre en el mundo que pudiera tener derecho á preguntármelo: mi marido... Ahora bien, no le tengo y no me casaré jamás...

Al decir esto con energía, la joven extendió la mano hacia Raúl, como para dar á sus palabras más solemnidad, y el vizconde palideció, no solamente á causa de las palabras mismas que acababa de oír, sino porque había visto en el dedo de Cristina un anillo de oro.

—No tiene usted marido, y, sin embargo, lleva usted una "alianza."

Y quiso coger la mano de Cristina, pero ésta la retiró prontamente.

—¡Es un regalo! dijo ruborizándose de nuevo, y esforzándose en vano por ocultar su confusión.

—Cristina! puesto que no tiene usted marido, ese anillo no puede proceder sino de aquel que espera serlo. ¿Por qué sigue usted engañándonos? ¿Por qué me tortura usted más? Ese anillo es una promesa, y esa promesa ha sido aceptada...

—¡Eso es lo que yo le he dicho! Exclamó la anciana.

—¿Y qué le ha respondido á usted, señora?

—¡Lo que he querido! exclamó Cristina exasperada. ¿No encuentra usted, caballero, que este inte-

rrogatorio ha durado bastante?... En cuanto á mí...

Raúl, muy conmovido, temió dejarle pronunciar palabras de un rompimiento definitivo, y la interrumpió:

—Perdóneme usted si he hablado así, señorita... Bien sabe usted qué honrado sentimiento me hace intervenir en este momento en cosas que, por desgracia, no me conciernen... Pero déjeme decirle lo que he visto... y he visto más de lo que usted cree, Cristina... ó lo que he creído ver, pues, verdaderamente, no es extraño que, en tal aventura, dude uno del testimonio de sus ojos...

—¿Qué ha visto usted ó creído ver, caballero?

—He visto el éxtasis de usted al oír "el sonido de la voz," Cristina... de la voz que salía de la pared ó de un cuarto contiguo... sí, su "éxtasis"... Y eso es lo que me espanta por usted, el verla sometida al más peligroso de los encantos... Y parece, sin embargo, que se ha dado usted cuenta de la impostura, puesto que dice hoy "que no hay genio de la música"...

Entonces, Cristina... ¿por qué le siguió usted esa vez todavía? ¿Por qué se levantó usted con la cara ardiente, como si oyese realmente á los ángeles?... ¡Ah! aquella voz es muy peligrosa, Cristina, puesto que yo mismo, al oíría, estaba tan encantado que desapareció usted de mi vista sin que pudiese decir por dónde... ¡Cristina! ¡Cristina! ¡En nombre del cielo! ¡En nombre de su padre que está en el cielo, que tanto la quería y tanto me quería á mí también! ¡Cristina! ¡Va usted á decirnos, á su bienhechora y á mí, á quién perte-

necé esa voz, cómo se llama ese hombre que ha tenido la audacia de ponerle un anillo de oro en la mano...

—¡Señor de Chagny, declaró friamente la joven, no lo sabrá usted jamás!

En estos momentos se oyó la voz agria de la Valerius que, de repente, tomaba el partido de Cristina al ver con qué hostilidad acababa ésta de dirigirse al vizconde.

—¡Y si ella ama á ese hombre, señor vizconde, tampoco le concierne á usted el saberlo!

—¡Ay! señora, respondió humildemente Raúl, que no pudo contener las lágrimas: creo, en efecto, que Cristina le ama... Todo lo prueba... Pero no es eso solamente lo que causa mi desesperación, pues de lo que no estoy seguro, señora, es de que el hombre que es amado por Cristina, sea digno de ese amor.

—A mí sola me toca juzgarlo, caballero, dijo Cristina mirando á Raúl frente á frente y enseñándole una cara en la que se pintaba una irritación soberbia.

—Cuando para seducir á una joven, respondió Raúl que sentía que sus fuerzas le abandonaban, se adoptan medios tan románticos...

—Es preciso que el hombre sea muy miserable y la joven muy tonta, ¿no es verdad?

—Cristina!...

—Raúl ¿por qué condena usted así á un hombre, al que no ha visto nunca, al que nadie conoce y del que usted mismo no sabe nada?

—Sí, Cristina, sé al menos ese nombre que usted quiere ocultarme para siempre... ¡Su ángel

de la música, señorita, se llama Erik!...

Cristina, esta vez, se hizo traición. Púsose blanca como un paño de altar y balbució:

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—¿Usted misma!

—¿Cómo es eso?

—Al compadecerle, la otra noche, la del baile de máscaras. Al llegar á su cuarto, ¿no dijo usted: "¡Pobre Erik!..."? Pues bien, Cristina, había allí, en alguna parte, un pobre Raúl que la estaba oyendo.

—¿Es la segunda vez que escucha usted en las puertas, señor Chagny!

—No estaba detrás de la puerta... Estaba en el cuarto, en su tocador de usted, señorita...

—¿Desgraciado!... gimió la joven dando todas las muestras de un indecible espanto... ¡Desgraciado! ¿Quiere usted que le maten?

—¿Puede ser!

Raúl pronunció estas dos palabras con tanto amor y desesperación, que Cristina no pudo detener un sollozo; pero la voluntad, más fuerte, dominó en el acto á la emoción, y la joven tuvo el valor de interrogar al vizconde sin compadecerle por su dolor.

—¿Por qué me ha preguntado usted "su" nombre, puesto que lo sabía?

—Para saber si no había soñado... "Para saber si le había oído realmente"... Y, ahora, Cristina, no tiene ya usted nada que hacerme saber... ¡Adiós!...

El joven saludó á la de Valerius, que no dijo una palabra para detenerle, puesto que había dejado de agrandar á su protegida; después, más friamente aún, Raúl se

inclinó delante de Cristina, que no le devolvió el saludo, y "recto como la justicia," pero débil hasta el punto de que por poco se desmaya al dar el tercer paso que le separaba de Cristina, empujó la puerta de la alcoba y entró en la sala.

La mano de la joven, tan suave á su hombro, detúvose allí. Estaban solos, entre los retratos de Valerius y Daé. Cristina se los mostró, y dijo:

—Si le juro delante de ellos que le amo, Raúl, ¿me creerá usted?

—Creeré á usted, Cristina, aseguró el joven, que no pedía más que ser consolado.

—Pues bien, comprenda usted, delante de ellos, Raúl, que si compadeci á Erik, fué porque amo á usted.

—¡Dios mío! exclamó el vizconde un suspiro. Y se sentó.

Evidentemente, quería oír más, y la conversación empezaba á gustarle.

—Hable usted, Cristina!... dijo. ¡Hable usted!... Me hace usted volver á la vida, pues, por mi salvación, he creído que me iba á morir.

Cristina se sentó á su lado, tan cerca, que Raúl sintió el movimiento de su dulce respiración. Mirábala el vizconde sin poder cansarse de la vista de aquel ángel á quien amaba; pero ella no le miraba. Y la joven habló sin mirar á Raúl, ó, más bien, mirándole donde no estaba. Le veía en primer lugar muy pequeñito, cuando le había recogido su pañoleta en el mar, y le dijo que le amaba desde entonces á causa de su valor de hombre; y después, le recordaba escuchando las leyendas de Daé, momentos en que también le

había amado, porque le encontraba dulce como una niña; y después, cuando más adelante había vuelto, le había detestado, por no haberse atrevido á pronunciar unas palabras que su corazón esperaba inconscientemente, lo que era una prueba más de que le amaba. No había nunca dejado de amarle con el más casto amor, en todo el tiempo que podía abarcar su memoria.

Raúl que estaba vertiendo lágrimas, tomó la mano de Cristina y no pudo menos de preguntarle por qué se había conducido de un modo tan glacial con él cuando se arrojó á sus pies en el cuarto del teatro, y por qué había tratado siempre de rechazarle cuando quería reunirse con ella.

Cristina respondió con voz tranquila y grave:

—Porque, justamente, no quería verme obligada á decir á usted, amigo mío, lo que le digo ahora. Mi propósito era que ignorara usted siempre ese amor, que hoy le confieso.

—¿Por qué razón? imploró Raúl ansioso.

—La razón era que no quería apartar á usted de sus deberes, Raúl, y que le amaba bastante para no querer crearle remordimientos. Vivo entre estas dos imágenes, añadió mostrándole el retrato de sus queridos difuntos: el día en que no sea ya digna de contemplarlos, amigo mío, moriré.

—¿Cristina, será usted mi mujer!

Raúl dijo estas palabras mirando á los dos testigos, que le sonreían muy hiperbólicamente en sus marcos. La joven respondió tranquilamente:

—Sabía que estaría usted dis-

puesto á cometer esa locura, Raúl, y por eso le he ocultado la ternura de mis sentimientos.

—¿Dónde ve usted la locura en todo esto? preguntó el vizconde con cander. ¿Qué hay de loco en casarme con usted si la amo?... ¿Me encontraría usted cuerdo casándome con alguna á quien no quisiera?

—Es una locura, amigo mío, afirmó rudamente Cristina, es una locura "casarnos á la edad de usted," siendo usted descendiente de los Chagny, y yo una comedianta, hija de un ministril de pueblo, y casarnos á pesar de su familia de usted. ¡No lo admitiré jamás! Se diría que había usted perdido la razón y, lo que es peor, que yo se la había hecho perder.

Aunque había sido dura la respuesta de la cantante, habíala dulcificado las palabras "á la edad de usted," y Raúl vió en ellas una esperanza cierta.

—¡Esperaré!... exclamó, esperaré todo el tiempo que usted quiera, para que se sepa bien que mi resolución es definitiva y que mi corazón está de acuerdo con mi razón!

—¡Jamás consentiría su hermano de usted en una unión semejante! Yo le haré que consienta. Cristina. Cuando me vea á punto de morir de desesperación, tendrá que acceder.

—¿Toda su familia prescindirá de usted!

—No, porque usted estará conmigo, y cuando la hayan visto, no podrán pasarse sin usted. ¡Oh, Cristina! escucheme... si usted quiere, nada en el mundo puede impedirme ser dichoso.

Cristina, que se había levantado, movió la cabeza y pintó en sus

labios pálidos una sonrisa llena de amargura.

—Hay que renunciar á esa esperanza, amigo mío....

—¡Le juro á usted que será mi mujer!

—¡Y yo, exclamó Cristina con un acento de extraño dolor, he jurado no serlo jamás!

Raúl titubeó..... Había oído mal, sin duda, y quiso volver á oír.

—¡Ha jurado usted!..... ¡Ha jurado usted que no sería jamás mi mujer, Cristina? ¡Y á quién ha hecho usted tan hermoso juramento, sino ha sido al hombre de quien ha aceptado el anillo de oro?

Cristina no respondió, y Raúl la incitó á explicarse. La agitación del joven era extremada, dominado como estaba por la fiebre de los celos, y Cristina tuvo miedo.

—¡Consuélese usted! exclamó con un extravío en el que el amor y el pudor se daban el más seductor combate..... Me he jurado á mí misma que no tendré nunca más esposo que usted.

—¡Sí, pero no se casará usted conmigo! ¡Triste remedio á mi dolor! ¡Qué extravagantes juramentos, Cristina!..... Todo esto carece de sencillez, y, sin embargo, he estimado á usted como la franquiza misma. ¡Cómo! ¡Se ha jurado usted á sí misma no tener más marido que yo, y hace usted al mismo tiempo á otro el juramento de que no se casará conmigo? ¡A quién, Cristina? ¡Quiero saberlo! ¡Desgraciado de mí! ¡Lo sé ya! ¡Y dice usted que me ama y quiere que lo crea! ¡Usted olvida que sé el nombre de la Voz de hombre!"

Cristina le cogió entonces las ma-

nos y le miró con toda la pura ternura de que era capaz, y el joven ante aquellos ojos, sintió que su pena estaba ya apaciguada.

Raúl, le dijo ella, le he declarado á usted mi amor para tener derecho á decirle: hay que olvidar "la voz de hombre," no acordarse de cómo se llama..... y no intentar jamás penetrar este misterio.

—¿Tan terrible es?

Cristina levantó los bellos brazos hacia las dos caras mudas, testigos mitad sonrientes, mitad entristecidos, de tan singulares palabras; ensombrecióse su mirada, se obstruyó su garganta con un sollozo, y dijo:

—¡No le hay más horrible en la tierra!

Un gran rato de silencio separó á ambos jóvenes.

Raúl estaba anonadado. Cristina prosiguió su victoria.

—Júreme usted que no hará nada por "saber", insistió. Júreme que no entrará más en mi cuarto si yo no le llamo.

—¿Me promete usted llamarme alguna vez, Cristina?

—Se lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Entonces, lo juro....

Estas fueron, en aquel día, sus últimas palabras.

Raúl le besó las manos y se marchó, maldiciendo á Erik y prometiéndose tener paciencia.

XIV

SOBRE LOS ESCOTILLONES

Al día siguiente, la volvió á ver en la Opera. Cristina seguía teniendo en el dedo el anillo de oro. La

joven estuvo dulce y buena y habló con Raúl de los proyectos que él formaba, de su porvenir, de su carrera.

Hízole saber el visconde que la salida de la expedición polar había sido adelantada y que, dentro de tres semanas, de un mes lo más, dejaría la Francia.

Cristina le aconsejó casi alegremente que considerase aquel viaje con gusto y como etapa de su gloria futura. Y cuando él le respondió que la gloria sin amor no ofrecía á sus ojos encanto alguno, la joven le trató como á un niño cuyas penas deben de ser pasajeras.

Raúl dijo:

—¿Cómo puede usted, Cristina, hablar tan ligeramente de cosas tan graves? ¡Es posible que no nos veamos ya nunca!..... ¡Yo puedo morir en la expedición!....

—Y yo también, respondió la cantante sencillamente.

Y al decir esto no sonreía, no bromaba, no mentía. Parecía pensar en una cosa nueva que le pasaba por primera vez por la mente y su mirada estaba como iluminada por esa idea.

—¿En qué piensa usted, Cristina?

—Pienso en que no nos veremos más.

—¿Y es eso lo que le pone á usted tan radiante?

—Y en que, dentro de un mes, tendremos que despedirnos para siempre....

—A no ser, Cristina, que nos comprometamos por nuestro honor á esperarnos siempre.....

La joven le puso la mano en la boca.

—Cállese usted, Raúl!.... Bien sabe usted que no se trata de eso.

No nos casaremos nunca. Está convenido.....

Parecía que costaba trabajo á Cristina contener de repente una alegría exagerada. La joven palmeó con júbilo infantil, mientras Raúl la miraba alarmado sin comprenderla.

—Pero.... pero..... siguió diciendo, alargando las manos hacia el joven, ó más bien, dándose las como si de pronto hubiera resuelto regalárselas; pero si no podemos casarnos, podemos, podemos.... ser novios.... Nadie lo sabrá más que nosotros, Raúl..... Ha habido matrimonios secretos.... y puede haber también novios ocultos.... ¡Somos novios, amigo mío, por un mes!..... Dentro de un mes, usted se marchará y yo seré dichosa toda la vida con el recuerdo de ese mes.....

Parecía encantada con su idea y de repente se puso grave.

—Esto, dijo, "es una dicha que no hará daño á nadie."

Raúl había comprendido y se agarró en seguida á esa inspiración, que quiso convertir inmediatamente en una realidad. Inclínase delante de Cristina con completa humildad y dijo:

—¡Señorita, tengo el honor de pedir á usted su mano!

—¡Pero si tiene usted ya las dos, mi novio querido!..... ¡Oh, Raúl! qué felices vamos á ser.... ¡Vamos á jugar al futuro marido y á la futura mujercita!

Raúl pensaba: ¡la imprudente! En un mes tendré tiempo de hacerle olvidar, ó de poner en claro y destruir, "el misterio de la voz de hombre", y, pasado ese tiempo, Cristina consentirá en ser mi mujer. ¡Mientras tanto, juguemos!

Fué el juego más lindo del mundo y los dos se complacieron en él como unos niños que eran. ¡Ah! qué maravillosas cosas se dijeron y cuántos eternos juramentos cambiaron. . . . La idea de que, pasado un mes, no habría ya nadie para cumplir aquellos juramentos les producía una turbación que ellos saboreaban con horribles delicias entre la risa y las lágrimas. Jugaban "al corazón" como otros juegan "a la pelota"; pero como eran realmente sus dos corazones lo que se enviaban, érales preciso ser muy diestros, muy diestros, para recibirlos sin hacerles daño. Un día era el octavo del juego—Raúl sintió un vivo dolor y suspendió la partida con estas palabras extravagantes: "Ya no me voy al polo norte."

Cristina, que en su inocencia, no había pensado en tal posibilidad, descubrió de repente el peligro del juego y se lo reprochó amargamente. No respondió una palabra, á Raúl, y se volvió á su casa.

Esto pasaba por la tarde, en el cuarto de la cantante, donde Cristina daba á Raúl todas las citas y donde se divertían haciendo comiditas con tres bizcochos, dos vasos de operto y un ramo de violetas.

Cristina no cantaba aquella noche y Raúl no recibió la carta de costumbre, pues se habían dado permiso para escribirse todos los días durante aquel mes. Al día siguiente, por la mañana, corrió el joven á casa de la de Valerius, la cual le dijo que Cristina estaba ausente por dos días. Se había marchado el día anterior á las cinco de la tarde, diciendo que no volvería hasta pasado mañana. Raúl estaba

aterrado y detestaba á la de Valerius que le daba parte de tal noticia con asembrosa tranquilidad. Trató de sacar algo en limpio, pero era evidente que la buena señora no sabía nada. A las preguntas enloquecidas del joven, la anciana consintió solamente en responder:

—¡Es el secreto de Cristina!

Y levantaba el dedo, diciendo aquello con una unción conmovedora que recomendaba la discreción y tenía al mismo tiempo la pretensión de tranquilizarle.

—¡Está bien! . . . exclamó malintencionadamente Raúl bajando la escalera como un loco. ¡Está bien! las muchachas están bien guardadas con la tal Valerius. . .

¿Dónde podía estar Cristina?

¡Dos días, dos días de menos en su felicidad tan corta! . . . ¿No estaba convenido que él debía marcharse? ¡El tenía la culpa por haber dicho tan pronto que su intención era quedarse en París! . . . Raúl se acusaba de torpeza y fué el más desgraciado de los hombres durante cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales reapareció Cristina.

Reapareció en medio de un triunfo, en el que volvió al fin á encontrar el éxito inaudito de la función de gala. Desde la aventura del "gallo", la Carlota no había podido salir á escena sin encontrarse dominada por los más atroces terrores. Habitaba en su corazón y le quitaba todos sus medios el espanto de un nuevo "quiquiriqui", y los sitios testigos de su incomprendible derrota se le habían hecho odiosos. La cantante encontró medio de romper su contrato y se fué á hacer una expedición á América. Se rogó á la Daé que la recu-

plazass momentáneamente y un verdadero delirio la acogió en "La Hebreá."

El vizconde, presente, naturalmente, en aquella función, fué el único que sufrió escuchando los mil ecos de aquel nuevo triunfo, pues vió que Cristina seguía teniendo su anillo de oro. Una voz lejana murmuraba al oído del joven: "Tiene esta noche todavía el anillo de oro, y no eres tú quien se lo ha dado. Esta noche ha dado otra vez su alma, y no ha sido á ti."

Y la misma voz decía aún persiguiéndole: "Si no quiere decirte lo que ha hecho en estos días. . . . si te oculta el lugar de su retiro, tendrás que preguntárselo á Erik."

Raúl corrió al escenario y se puso al paso de la cantante, que le vió, pues sus ojos le buscaban, y le dijo:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Venga usted!

Y se le llevó á su cuarto sin preocuparse de todos los cortesanos de su gloria, que murmuraban delante de la puerta cerrada: "¡Es un escándalo!"

Raúl cayó de hinojos en seguida, le juró que se marcharía y le suplicó que no suprimiese más una hora de la felicidad ideal que le había prometido. Cristina dejó correr sus lágrimas y ambos se besaron como un hermano y una hermana desesperados que acaban de ser heridos por un duelo común y se renunen para llorar al muerto.

De repente, la joven se arrancó al tímido y dulce abrazo del vizconde, y pareció escuchar algo que no se sabía. Con un gesto breve enseñó la puerta á Raúl, y, cuando estuvo en el umbral, le dijo tan ba-

jo, que el vizconde advinó más que oyó sus palabras:

—¡Hasta mañana á la misma hora! . . . ¡Y sea usted dichoso, Raúl, pues esta noche he cantado para usted.

Pero, ¡ay! aquellos dos días de ausencia habían roto el encanto de su amable mentira. Mirábanse en el cuarto sin decirse ya nada, y Raúl se contenía para no gritar: "¡Estoy celoso! Estoy celoso! ¡Estoy celoso!" Pero ella le entendía de todos modos.

Entonces le dijo: "Vamos á pasearnos, amigo mío; el aire nos hará bien".

Raúl creyó que iba á proponerle algún paseo campestre, lejos de aquel monumento que él detestaba como una prisión en la que sentía rabiosamente pasarse por las paredes al carcelero. . . . al carcelero Erik. Pero la joven le condujo á la sombra del pórtico de una iglesia de lienzo pintado y le hizo sentarse en el brocal de madera de una fuente, en la paz y la frescura dudosas de una decoración puesta para la función próxima. Otro día anduvo errante con él, llevándole de la mano, por los paseos abandonados de un jardín cuyas plantas trepadoras habían sido recortadas por las hábiles manos de un pintor escenógrafo, como si los verdaderos cielos, las verdaderas flores y la verdadera tierra estuviesen prohibidos para siempre á Cristina, condenada á no respirar otra atmósfera que la del teatro. . . Raúl no sabía si hacerle la menor pregunta, pues como le parecía en seguida que no podría responderle, temía hacerla sufrir inútilmente. De vez en cuando pasaba un bonabero que vigilaba de lejos su me-

lancólico idilio. Algunas veces trataba la joven de engañarse y de engañarle valerosamente acerca de la belleza mentirosa de aquel cuadro inventado para la ilusión de los hombres. Su imaginación, siempre viva, adornábalo con los más brillantes colores, tales, decía, que la naturaleza no puede producirlos comparables. Cristina se exaltaba mientras Raúl oprimía dulcemente su mano febril. La joven decía: "Vea usted, Raúl, estas murallas, estos bosques, estas imágenes de lienzo pintado, todo ésto ha visto lo más sublimes amores, pues ha sido inventado por los poetas, que exceden de cien codos la talla de los hombres. ¡Dígame usted que nuestro amor se encuentra bien aquí, Raúl mío, puesto que él también ha sido inventado y no es más que una ilusión!

Raúl, desolado, no respondía, y Cristina continuaba:

—Nuestro amor es demasiado triste en la tierra; paseémosle por el cielo!.... Vea usted qué fácil es aquí....

Y se le llevaba más alto que las nubes, al magnífico desorden del telar, y se complacía dándole el vértigo al correr delante de él por los frágiles puentes de la cúpula, entre las mil cuerdas atadas á las poleas, á las cabrias y á los tambores, en medio de una verdadera selva aérea de vergas y de mástiles. Si el vizconde vacilaba, decíale ella con una mueca adorable: "¡Usted, un marino!"

Y después descendía á la tierra firme, es decir, á algún pasillo, ya obscuro, que los conducía á las risas, á las danzas de la juventud, amonestado por una voz severa: "¡Flexibilidad, señoritas! ¡Vigilen

ustedes las puntas!...." Es la clase de las chiquillas, de las que acaban de cumplir seis años ó van á tener nueve ó diez.... y llevan ya el corpiño escotado, el tonete ligero, el pantalón blanco y las medias de color de rosa, y trabajan, trabajan con sus piecitos doloridos, con la esperanza de llegar á ser alumnas de las cuadrillas, figurantes, bailarinas de fila y primeras bailarinas rodeadas de diamantes.... Mientras tanto, Cristina les distribuye bombones.

Otro día le hacía entrar en una vasta sala de su palacio, llena de cropes, de trajes de caballeros, de lanzas, escudos y penachos y le hacía pasar revista á todos los fantasmas de guerreros inmóviles y cubiertos de polvo. Y la artista les dirigía buenas palabras prometiéndoles que volverían á ver las veladas esplendentes de luz y los desfiles con música ante la batería deslumbradora.

Paseóle de este modo por todo su imperio, que era ficticio, pero inmenso, extendiéndose por diez y siete pisos desde la planta baja hasta el remate y habitado por un ejército de súbditos. Pasaba Cristina entre ellos como una reina popular, animando los trabajos, sentándose en los almacenes, dando curdos consejos á las obreras cuyas manos vacilaban antes de cortar las ricas telas que debían vestir héroes. Los habitantes de aquel país hacían todos los oficios. Había allí zapateros y orfebres. Todos habían aprendido á quererla, pues la joven se interesaba por las penas y por las manías de cada uno. Cristina sabía rincones desconocidos habitados en secreto por matrimonios viejos.

Llamaba la joven á su puerta y de los fosos.... ¿Quiere usted que les presentaba á Raúl como un príncipe encantado que había pedido su mano; y sentados ambos en algún accesorio desventajado, escuchaban las leyendas de la Opera como en otro tiempo habían escuchado los viejos cuentos bretones. Aquellas parejas vivían allí hacía innumerables años. Las administraciones desaparecidas habíanlas olvidado; en el exterior, la historia de Francia había pasado sin que ellos se dieran cuenta y nadie se acordaba ya de ellos.

Así se iban pasando los días preciosos, y Raúl y Cristina, por el interés excesivo que mostraban hacia las cosas exteriores, se esforzaban torpemente por ocultarse el uno al otro el único pensamiento de su corazón. Lo cierto era que Cristina, que se había mostrado hasta entonces la más fuerte, se había puesto de pronto nerviosa sobre toda comparación. En sus expediciones, se echaba á correr sin motivo ó se detenía repentinamente, y su mano, que se helaba un instante, retenía al joven. Parecía á veces que sus ojos perseguían sombras imaginarias, y gritaban: "Por aquí", y después: "Por allá", y luego: "Por allí", con una risa ansiosa que, muchas veces, se terminaba en lágrimas. Raúl, entonces, quería hablar, interrogarla á pesar de sus promesas y de sus compromisos, pero ella respondía febrilmente: "¡Nada!.... ¡Le juro á usted que no es nada!"

Una vez que, en el escenario, pasaban por delante de un escotillón abierto, Raúl se inclinó hacia el oscuro abismo; y dijo: "Me ha hecho usted visitar la parte alta de su imperio, Cristina.... pero se cuentan extrañas historias acerca

de los fosos.... ¿Quiere usted que bajemos á ellos?" Al oír esto, Cristina le abrazó como si temiera verle desaparecer en el negro agujero y le dijo muy bajo y temblando: "¡Jamás!.... ¡Le prohibo á usted ir ahí!.... ¡Además, eso no es mío!.... ¡Todo lo que está debajo de tierra le pertenece!"....

Raúl sumergió su mirada en los ojos de Cristina, y díjole con voz ruda:

—"¿El" habita, entonces, ahí abajo?"

—"No he dicho eso!.... ¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?... ¡Vamos!.... ¡Venga usted!.... Hay momentos, Raúl, en que me pregunto si está usted loco.... ¡Usted oye cosas imposibles!.... ¡Venga usted!.... ¡Venga!...."

Y le arrastró literalmente, pues él se obstinaba en permanecer cerca del escotillón. Aquel agujero le atraía.

La trampa se cerró de golpe y tan repentinamente, que no vieron siquiera la mano que la había impulsado y se quedaron aturdidos.

—Puede que haya sido él, que estaba ahí, acabó por decir Raúl.

Cristina se encogió de hombros, pero no parecía nada tranquila.

—No, no, son los cerradores de trampas, que algo han de hacer, y las abren y las cierran sin razón... Es como los cerradores de puertas; necesitan pasar el tiempo.

—¿Y si era "él", Cristina?

—No, no, "él" se ha encerrado y está trabajando.

—¿Ah! ¿Verdaderamente? ¿Trabajando?

—Sí; "él" no puede trabajar y abrir y cerrar los escotillones. Podemos estar tranquilos.

—¿Y en qué trabaja?

—¡Oh! en una cosa terrible.... Así es que no hay cuidado..... Cuando trabaja en eso, no ve nada, no come, no bebe, no respira.... durante días y noches.... Es un muerto viviente y no tiene tiempo de divertirse con las trampas.

La joven se estremeció otra vez y se inclinó á escuchar por el escotillón.... Raúl la dejaba hacer y decir y estaba callado. Temía que el sonido de su voz la hiciese reflexionar y la detuviese en el curso, tan frágil aún, de sus confianzas.

Cristina no se había separado de él, y, sin dejar de tenerle abrazado suspiró:

—¡Si hubiera sido "él"!...

Raúl, tímido, preguntó:

—¿Le tiene usted miedo?

—¡No! ¡No!....

El joven tomó involuntariamente la actitud de tenerla lástima, como se hace con un ser impresionable que está todavía dominado por un sueño reciente. Parecía decir á Cristina: "Porque ya sabe usted que aquí estoy yo." Y su ademán fué tan amenazador, que Cristina le miró con asombro, como a un fenómeno de valor y de virtud, y pareció que, en su pensamiento, media en su justa valía tan inútil y audaz caballerosidad. Cristina abrazó al pobre Raúl como una hermana que le recompensase con un acceso de ternura por haber cerrado el puño fraternal para defenderla de los peligros de la vida.

Raúl comprendió y se ruborizó de vergüenza. Se encontraba tan débil como ella, y pensaba: "Cristina asegura que no tiene miedo, pero se aleja conmigo de la trampa, temblando." Y era la verdad. En los días siguientes, fueron á alzar sus curiosas y castos amores

casi en los sobrados, muy lejos de los escotillones. La agitación de Cristina aumentaba á medida que transcurrían las horas. En fin, una tarde, llegó con gran retraso, tan pálida y con los ojos tan enrojecidos por la desesperación más evidente, que Raúl se decidió á todos los extremos, por ejemplo, al decirle, de buenas á primeras, "que no se marcharía al polo norte si ella no le confiaba el secreto de la Voz del hombre."

—¡Cállese usted, en nombre del cielo!.... ¡Cállese usted!.... ¡Si "él" le oyera, desgraciado Raúl!...

Y los ojos espantados de la joven recorrían los alrededores.

—¡Yo sustraeré á usted á su poder, Cristina! ¡Lo juro! ¡Y usted no pensará más en él, que es lo necesario!

—¿Es posible?

Permitióse la joven esta duda, que equivalía á animarle, llevándose á Raúl hasta el último piso del teatro, donde se está muy lejos, muy lejos de las trampas.

—La ocultaré á usted en un rincón recóndito del mundo, donde "él" no irá á buscarla. Estará usted salvada, y, entonces, me marcharé.

Cristina se arrojó á las manos de Raúl y se las estrechó con increíble transporte. Pero no se atrevió á expresar de otro modo su alegría. Alarmada de nuevo, no hacía más que volver la cabeza.

—¡Más alto!... dijo solamente. ¡Todavía más arriba!.... Y se le llevó hasta los sobrados.

Costábase trabajo al joven seguirle. Pronto estuvieron debajo del tejado, en un laberinto de las vigas, y corrieron de una en otra, como hubieran corrido en una selva de árbol en árbol.

Y á pesar de la precaución que tomaba Cristina de mirar detrás de ella á cada instante, no vió una sombra que la seguía como si fuese la suya, que se detenía con ella, que volvía á echar á andar cuando ella andaba, y que no hacía más ruido que el que debe hacer una sombra. Raúl no echó de ver nada, pues cuando tenía á Cristina delante de él, no le interesaba lo que sucedía detrás.

XV

LA LIRA DE APOLO.

De este modo llegaron á los tejados. La joven se deslizaba por ellos, ligera y familiar, como una golondrina. Su mirada recorrió el espacio desierto entre las tres cúpulas, y el frontón triangular. Cristina respiró con fuerza encima de París, valle en trabajo que desde allí se descubría. Miró á Raúl con confianza, le llamó á su lado, y, juntos, marcharon allá arriba por las calles de zinc y las plazas de hierro fundido. Contemplaron sus formas gemelas en los vastos depósitos llenos de agua inmóvil, donde en el verano, aprenden á nadar los alumnos de la danza. La sombra había surgido detrás de ellos, siempre fiel á sus pasos, achatándose en los techos, alargándose con movimientos de alas negras por las encrucijadas de las callejuelas de hierro, contorneando silenciosamente los estanques y las cúpulas; y los infelices muchachos no sospecharon su presencia cuando se sentaron, al fin, muy confiados, bajo la alta protección de Apolo, que levantaba, que me ama! ¡Y lloraré! ¡Ah! con ademán de bronce, su prodigio-

sa lira en el corazón de un cielo inflamado.

Rodeábalos una tarde rojiza de primavera. Las nubes, que acababan de recibir del poniente su ligero manto de oro y de púrpura, pasaban lentamente, dejándole arrastrar, por encima de las cabezas de los enamorados, y Cristina, que las miraba, dijo á Raúl: "Pronto iremos más lejos y más de prisa que ellas, al cabo del mundo, y después me abandonará usted, Raúl. Pero si, llegado el momento, no consintiese ya en seguirle, me llevará usted por fuerza...."

—¡Con qué fuerza, que parecía rígida contra sí misma, dijo esto Cristina, mientras se apretaba nerviosamente contra él! El joven se quedó admirado.

—¿Teme usted, entonces, cambiar de opinión, Cristina?

—¡No sé! respondió la joven, moviendo de un modo raro la cabeza. ¡Es un demonio!

Se estremeció y se refugió en los brazos de Raúl, dando un gemido.

—Ahora, tengo miedo de volver á habitar con él debajo de tierra.

—¿Qué le obliga á usted á volver, Cristina?

—¡Si no vuelvo á su lado, pueden ocurrir grandes desgracias!... ¡Pero no puedo más! ¡No puedo más!... Sé bien que hay que tener lástima de las personas que habitan debajo de tierra.... ¡Pero ésta, es demasiado horrible!.... Y, sin embargo, el momento se acerca; no tengo más que un día; y si no voy, es el quien vendrá á buscarme con su voz, y me arrastrará con él, á su casa, debajo de tierra, y se pondrá de rodillas delante de mí, con su calavera.... ¡Y me dirá que me ama! ¡Y lloraré! ¡Ah! Aquellas lágrimas, Raúl, aquellas